

## La libre elección de la moneda acabaría con la inflación

**Síntesis, Enero 28 del 2002**

Mediante la expansión monetaria inorgánica se puede aumentar el empleo rápidamente y conseguir una situación de pleno empleo en un corto plazo. Sin embargo, el tipo de pleno empleo así conseguido es inestable, y crear empleo por ese sistema; supone perpetuar los altibajos de prosperidad y crisis. Pero, ¿no existe situaciones desesperadas en las que resulte necesario aumentar el empleo a toda costa, aún cuando solo sea por un corto plazo! ¡Buscar el máximo empleo obtenible a corto plazo, mediante la política monetaria, es la arbitrariedad del desesperado que nada tiene que perder y solo pretende conseguir un respiro!

Las teorías erróneas nos han llevado a una situación precaria en la que no podemos evitar la reaparición de elevados niveles de desempleo; y ello porque después de muchos años de una política económica equivocada, el desempleo hace su aparición tan deplorable como ineludible, apenas la inflación deja de acelerarse.

La política de *pleno empleo* opera a través de cambios temporales en la distribución de la demanda; que desvía: a los trabajadores desempleados, y a los trabajadores ya empleados; hacia puestos de trabajo que desaparecerán al detenerse la inflación. En las crisis de Agosto 1987- Agosto 1990, la expansión del crédito inorgánico durante el boom; sirvió para financiar la inversión “industrial” y el “hiperdesarrollo”; y el subsiguiente desempleo tuvo lugar sobre todo en la industria nacional.

Las teorías en que se apoya la política de pleno empleo han quedado desacreditada tras la experiencia de 1960-1990. Como consecuencia, los economistas empezaron a descubrir sus graves defectos, que debieron ser visto desde el primer momento. Uno de los principales problemas será el de proteger la moneda contra esos teóricos, pues no van a dejar de ofrecer sus remedios de curandero, amparados en la popularidad que les da su eficiencia a corto plazo.

Por consiguiente, aunque la rápida pérdida de respeto intelectual por la heterodoxia es innegable, todavía constituye una grave amenaza contra las posibilidades de seguir una política monetaria sensata. La gente no se ha dado cuenta todavía del daño irreparable que ha causado.

## LOS MALES DEL CONTROL POLITICO DE LA MONEDA

Al cabo de 3 años de la pretendida estatización de la banca, el poder adquisitivo del inti había caído drásticamente. Es algo que cualquier economista hubiese podido prever, pues el control estatal de la cantidad de moneda ha resultado fatal en todas partes. Un BCR muy inteligente y dotado de plena independencia, puede funcionar mejor que cualquier sistema monetario espontáneo que se corrige así mismo ¡Pero sujeto a presiones políticas, no es capaz de actuar de esa manera!

Cuanta más iniciativa e inteligencia trata de desplegar el BCR más daño parece hacer; porque cuando se le ve dispuestos a tomar iniciativas es cuando menos pueden evitar servir a intereses de grupos. Y las exigencias de los grupos organizados son nocivas; salvo cuando protestan contra las restricciones que se les imponen en beneficio de los intereses de otros grupos. No tranquiliza el que los funcionarios públicos sean en su mayoría hombres inteligentes, de buena voluntad y honrados. Si un gobierno quiere seguir en el poder, no tiene otra opción que la de actuar al dictado de ciertos grupos, una de cuyas exigencias más urgentes es la de ganar más para gastar más. Por dañina que sea la inflación, hay muchos grupos (incluidos algunos grupos cuyo apoyo tiene gran importancia para los gobiernos inclinados a mantenerse en poder) que a corto plazo ganan mucho con la inflación, aunque solo sea porque logran conjurar durante algún tiempo una pérdida de ingresos a la que (por atribuirle carácter temporal) creen posible capear por ese medio.

La exigencia de dinero abundante y barato es una “fuerza” política a la que el BCR nunca ha conseguido oponerse; a menos que presente un “obstáculo” que haga imposible ceder a esa exigencia. Es urgente reemplazar o restaurar aquellas restricciones que han sido desmanteladas.

Sin la convicción pública de que ciertas medidas por el momento penosas pero que son a veces necesarias para conservar una estabilidad razonable; no podemos esperar que ningún BCR resista mucho tiempo las presiones en favor del dinero barato ni la seducción que ejerce el dinero barato.

Al político guiado por las ideas heterodoxas no le preocupa si su eficaz remedio para el desempleo va a producir un desempleo aún mayor en el futuro, pues la culpa no recaerá sobre quienes crearon la inflación, sino sobre quienes la detengan. La peor “trampa” para un sistema

democrático es cuando el gobierno actúa de acuerdo con lo que el pueblo cree mejor. Por eso la única esperanza de una moneda estable es la de encontrar el modo de protegerla de la política.

La mayoría de gobiernos han aprovechado su privilegio de emitir moneda para defraudar y robar al pueblo. La esperanza de que los gobiernos se hagan más dignos de confianza (mientras el pueblo no tenga otra opción que la de utilizar el dinero que le proporcionan esos gobiernos) es hoy menor que nunca. Al tipo de gobierno hoy imperante (guiado por la opinión de la mayoría, pero expuesto a que cualquier grupo político importante le cree una “necesidad política” amenazándole con retirarle los votos que le dan ese apoyo mayoritario) no es posible confiarle instrumentos peligrosos. Por suerte, aún no hemos de temer que los gobiernos empiecen una guerra por complacer a un sector indispensable de sus partidarios; pero la moneda es un arma demasiado peligrosa para dejarla a la arbitrariedad de los políticos.

Lo que resulta tan peligroso y exige acabar con ello; no es el derecho del gobierno a emitir moneda, sino *su facultad exclusiva de hacerlo y su poder para obligar al público a utilizarla y aceptarla a un precio determinado*. Este monopolio estatal se debe al deseo de ampliar las facultades coercitivas del gobierno y solo ha beneficiado a los gobernantes y sus protegidos. La historia contradice la idea de que los gobiernos nos haya proporcionado una moneda más de fiar que la moneda que hubiésemos tenido sin su celosa defensa del privilegio de emisión.